

Pontalés y el abogado hablaban siguiendo el sendero que conducía á la torre.

—¿Aparentaba estar seguro de su negocio? preguntó Pontalés.

Macrocéfalo se encogió de hombros, haciendo una mueca de desden.

—Ya sabeis que no sospecho nada, replicó. Porque sabe hacer correr las cartas y amarrar el rey; barajando se cree el hombre mas hábil del universo! ¡Eh! señor marqués, sin el profundo afecto que os profeso me hubiera alejado ya de semejantes asuntos.... Ese Roberto, como podeis comprender, es un aventurero de baja estofa y yo no gusto mas que de las personas finas y de alcurnia.

Vos, por ejemplo, señor marqués, y el jóven conde Alain.... ¡vos sois unos verdaderos caballeros!.... Os hablo francamente; lo mismo me importa ese Roberto que el mismo Penhoel..... Pero por lo que tiene relacion con vos, me dejaria hacer cuartos.

El anciano marqués escuchaba con su sonrisa de bondad, apreciando todas esas protestas en su justo valor.

—Ya sé que sois un buen amigo, Mr. Le-Hivain, dijo; además, sois hombre de un talento muy claro y pensais muy bien con respecto á ese Mr. Roberto de Blois. Pero hasta que terminen todas estas cosas tenemos mucha necesidad de él. Cuando sea tiempo, y apoyó su mano en el hombro de Macrocéfalo, podeis estar seguro de que sabré apreciar y

XXIV.

CITA.

El marqués de Pontalés y Mr. Protasio Le-Hivain llegaron bajo la torre del Primogénito para esperar á Roberto de Blois, que les habia señalado aquel sitio como punto de reunion.

La noche estaba ya bastante entrada y el salon de césped, abandonado sucesivamente por todos los que podian dirigir la fiesta, permanecia decididamente presa de las tres gracias Babouin-des-Roseaux-de-l'Etang, que se pasaban de mano en mano la temible guitarra, haciendo beber hasta las heces á los desventurados convidados el cáliz de su antiguo repertorio.

distinguir á mis verdaderos amigos. Hay en el país muchas personas que maldita la cosa que valen, Mr. Le-Hivain, y sin embargo, son miradas como grandes capacidades ó personas muy respetables. Sucedan los acontecimientos que preparamos y os prometo que os envidiará mas de uno entre Redon y Corentoir.

Estas palabras eran tan dulces como la miel á las desmesuradas orejas de Macrocéfalo; escuchaba y formaba ya mil proyectos, pensando en su próxima importancia.

—Pero antes es preciso que desaparezca Penhoel, prosiguió el marqués bajando la voz; ya veis que os hablo con toda franqueza.

No se trata de apoderarse de la mitad de su fortuna, las dos ó tres cuartas partes; es preciso que se vea obligado á huir, y que nunca se vuelva á oír hablar de él: sin esto no conseguimos nada.

Macrocéfalo se frotó las manos.

—¡En hora buena! exclamó; así me gusta á mí comprender los negocios; eso se llama cortar por lo sano.

Pues bien, señor marqués, marchemos; ¡qué diablos! Me parece que ya estamos casi tocando el término de nuestra empresa.

Llegaban al final del camino y tocaban á aquellos grandes castaños tras los que conversaban antes escondidas Elena y Diana.

Pontalés se detuvo.

—Mas bajo, dijo, dirigiendo en torno suyo una

mirada inquieta; ¿es aquí donde debe venir Roberto?

—Aquí mismo.

—¿Se está al abrigo de indiscretos oídos?

—A menos de escoger el centro de la llanura de Glenac ó de los pantanos, no conozco otro sitio mejor que este para hablar tranquilamente de negocios. El muro es alto y por otra parte la espesura aleja toda posibilidad de poder ser escuchados. Detrás de nosotros está decubierto el camino.

—Pero ¿y delante? preguntó Pontalés señalando con el dedo los unidos castaños.

Macrocéfalo se sonrió.

—Eso es diferente, replicó con la intención evidente de burlarse; detrás de esos árboles bien pudiera suceder que se encontrase alguno que nos esviera escuchando.

—¿Qué quereis decir?

—Pido perdon al señor marqués por hablar con tanta ligereza en su presencia. El hecho es que detrás de nosotros hay un espacio de unos cuantos piés cuadrados donde no se atreveria á entrar el mas valiente y decidido de los contornos despues de entrada la noche, porque es donde el anciano comandante de Penhoel se aparece.

—Es igual, dijo Pontalés; nunca perjudica un exceso de prudencia, y quisiera ver....

—Hacedlo.

Macrocéfalo, siempre complaciente, separó con

las manos las ramas de castaños que ocultaban la entrada en la especie de cueva, abriéndose así paso.

—¿Queréis tomaros el trabajo de entrar, señor marqués, dijo, puesto que no teneis miedo á los aparecidos?

Y desapareció tras la valla de follaje.

Pontalés le siguió.

La noche era oscura. El espeso follaje hacia aun mas profunda la oscuridad bajo los castaños. Sin esta circunstancia, el abogado y Pontalés hubieran podido ver que estaban muy pálidos y que no aparentaban estar muy tranquilos.

A pesar de la espesa sombra, se distinguían vagamente la garita y el banco cubierto de larga yerba.

—¿Cómo se ocultaria aquí? murmuró el marqués con voz ligeramente conmovida.

—¡Oh! ¡oh! replicó Macrocéfalo, procurando tomar un acento fanfarron; me parece temblona vuestra voz: serenaos. El anciano Penhoel está bien muerto, y maldito si los difantos tienen pensamiento de venir á visitar su gabinete.

Una hoja seca se rompió bajo el pié del marqués de Pontalés.

Mr. Protasio Le-Hivain se interrumpió para lanzar un grito de terror.

—¿Habeis oido? preguntó conteniendo su respiracion.

Pontalés habia reconocido que la plazoleta y la garita estaban ambas igualmente desiertas.

—Por Cristo, replicó el abogado, avergonzado

de su temor; he creido.... me he figurado.... sobre todo mi oficio no es el de ser valiente.... Ahora que hemos inspeccionado perfectamente los lugares, señor marqués, voto porque nos volvamos al camino.

—¿No será posible, preguntó el marqués, llegar aquí por otro sitio que por el camino?

—Mirad por todas partes, contestó Macrocéfalo. Una muralla de treinta piés y espantosas simas. Propongo levantar la sesion.

Separó de nuevo las ramas de follaje y exhaló un prolongado suspiro de bienestar cuando volvió á ver el cielo sobre su cabeza.

Pontalés visitó por última vez todos los rincones de aquel recinto de follaje, y salió á su vez al camino.

Le-Hivain habia recobrado su valor.

—Prescindiendo de los aparecidos, dijo, hay sin embargo un hombre que gusta ocultarse en ese agujero, negro como el fondo de un tintero.

—¿Quién?

—El viejo loco Beuito Haligan, antiguo barquero de Port-Corbeau.... Pero creo que no volverá otra vez á hacerlo, porque está agonizando.... ¡Ah, señor marqués, lo que somos! Cuando el anciano comandante venia á sentarse sobre ese mismo banco de césped, era el jefe de una familia poderosa.... ahora el pobre Protasio Le-Hivain no querria cambiar de sitio con el señor de Penhoel.

—El pobre Protasio Le-Hivain, dijo Mr. de Pon.

talés, se encontrará pronto en el caso de no cambiar su suerte por la de ninguna persona....

—Pero hablemos algo del presente.. Desde que esas miserables chiquillas han ido á mi propio castillo de Pontalés á robar á diez pasos de mí, en mi habitacion, esos papeles que no hubiera dado nunca por cincuenta mil escudos, ignoro completamente cuáles sean las armas que contra Penhoel poseamos.

Mr. Le-Hivain guiñó un ojo.

—Aun tenemos otras muy buenas, replicó.... cada vez que Penhoel ha vendido un pedazo de tierra perteneciente al primogénito, ha tenido que hacer una firma falsa.... Por esa razon es que yo he aconsejado las ventas y multiplicado los contratos.

—¡Sois un tesoro!

—Conozco regularmente mi profesion, y sin hablar de otra cosa al principio, no he dejado de sentir escrúpulo en constituir á ese aventurero de Roberto, que ha llegado desnudo de piés á cabeza, en constituirle, digo, por algunas semanas en acreedor de Penhoel por una suma tan considerable... Es cierto que ese tunante de Roberto habia emprendido el negocio con un acierto y decision admirables! Si le hubiéseis visto cuando llegó al castillo hace tres años acompañado de su criado Blas!.... Por mi parte hubiera jurado que era un potentado.... y luego tuvo dos magníficos auxiliares, el tal criado y la jóven!....

Macrocéfalo se sonrió.

—Comprendereis, añadió, que me refiero á esa Lola!.... Prescindiendo de todo. Roberto es muy listo y dispuesto.... Despues que ha tenido algo que perder, ha aflorado mucho; pero el dia en que se vuelva á encontrar aventurero sin casa ni hogar, librenos Dios de él.... Francamente, señor marqués, aun cuando se logre echar á Penhoel, no seréis tampoco el dueño del castillo.

—A su debido tiempo recurriré á vuestros excelentes consejos, mi buen amigo, replicó Pontalés.... No me tengo yo por un diplomático muy hábil.... Sin vos me hubiera quedado seguramente á la mitad del camino.... Pero volvamos á los títulos que están en vuestro poder.... espero que los tendréis en sitio seguro!....

—Mi casa no es quizá tan fuerte ni está tan bien guardada como vuestro magnífico castillo de Pontalés, respondió Macrocéfalo; sin embargo, se hace cuanto se puede. Yo os respondo de los documentos con mi cabeza.... ¡Ehl jehl las chicuelas rondan mi casa como antes han rondado la vuestra.

Son unos diablos encarnizados las tales hermanitas!.... Antes de conocer sus mañas y cuando aun no habia tomado mis precauciones, las dejaba que se burlaran de mí.... Me han robado muchas obligaciones suscritas por Penhoel.... Y sin sus maniobras no se hubiera prolongado tanto el negocio.... Pero ahora está guardada mi casa como plaza fuerte que tiene delante al enemigo, y creo

que no querrán probar por segunda vez el plato que anoche mismo se las sirvió.

—He oído hablar de un tiro....

—¡Dos! Uno por cierto tocó muy cerca del blanco, porque esta mañana se ha encontrado en el campo un caballo muerto de un balazo en la cabeza.

—Esos son medios muy violentos, Mr. Le-Hivain, y si antes me hubiéseis consultado....

—Señor marqués, creía tener algún derecho para aspirar á la reputacion de hombre prudente.

.. Nuestros campos ocultan bastantes bandidos para que un honrado propietario tenga algún derecho para armar sus gentes.... La ley es dura, pero positiva.... Cualquiera que se atreva á forzar una cerradura puede estar seguro de encontrar tras de la puerta de la casa al propietario dispuesto á defender sus bienes.

Si pasamos á la cuestion de utilidad, prosiguió, tomando el tono de un abogado ante el tribunal, no me costará trabajo establecer por razones imposibles de destruir, que además de los obstaculos que nos impiden el paso, esos dos demonios son á la vez los mas perjudiciales y peligrosos.... Mejor quisiera tener que habérnoslas con media docena de hombres.... No creais otra cosa.... Leen todos nuestros secretos tan bien como nosotros mismos, y si la casualidad les proporciona un día ú jetro un apoyo, os prometo que tendremos, á pe-

sar de ser muchos, querabiar mas de lo que creeis.

—No digo que no.... sin embargo....

—¡Escuchad!.... Soy el enemigo declarado de los medios violentos en los casos ordinarios; pero en las presentes circunstancias, señor marqués, podeis estar persuadido de que es vuestro interés el que me anima.. Habeis gastado tres años de vuestra vida y enormes sumas para llegar á un punto puramente legal....

Resulta que vuestros adversarios os atacan y me atacan á mí, vuestro consejero, de una manera incalificable.... No me salgo de la legalidad, pero echo mano del arma mas estrema que la ley puede dar á un ciudadano y me sirvo de ella.

Pontalés guardaba silencio.

—Cuando digo.... me sirvo de ella, prosiguió Macrocéfalo, empleo una figura, porque la descarga no la hice yo mismo. No conozco el manejo de las armas, pero os debo prevenir que Roberto de Blois quiere ir todavía mas lejos. Los diablillos le atormentan de dia y noche. Entran en su habitacion cuando está cerrada por el ojo de la llave. Se disfrazan de fantasmas y van á prevenir á Penhoel de cuanto hacemos en contra suya. Se agitan, deshacen cuanto hacemos, y Roberto está decidido á tomar la ofensiva.

—Si hay un medio conveniente, dijo Pontalés buscando una palabra, un giro, ¿comprendeis? una cosa cierta y segura.

Se interrumpió para prestar de pronto atencion.

En el camino y en la dirección del castillo oíase un ruido sordo de pasos.

Pontalés y el abogado se alejaron un poco del camino con objeto de ocultarse detrás de las primeras ramas de los castaños.

Los pasos se acercaban; pronto se pudo distinguir en la sombra á dos personas que avanzaban lentamente.

—El es, dijo Pontalés.

—Con una mujer, añadió el abogado.

—Lola sin duda.

Macrocefalo adelantó su larga cabeza por entre las rmasas para distinguir mejor.

—¡No! dijo con acento admirado; es la señora Marta de Penhoel.....

Cuando Roberto y la mujer que le acompañaba hubieron llegado cerca de la torre del Primogénito, llegaron algunas palabras de la conversacion que seguían á los oídos del marqués de Pontalés y de monsieur Le-Hivain.

Era efectivamente Marta de Penhoel.

A pesar de la oscuridad, era imposible ya desconocerla.

Daba su brazo á Roberto, que la sostenía, y marchaba con paso lento y tardo.

Cuando hablaba Marta no oían mas que un murmullo Pontalés y el abogado; cuando al contrario era el jóven Mr. Roberto el que tenía la palabra, no perdían una sola.

La voz de Roberto era fuerte, alegre y denotando muy buen humor.

—Bella señora, decía, Penhoel no ha sido esta noche mas feliz que las anteriores. Es admirable; la suerte no se causa de perseguir á ese pobre amigo. Antes de arrojar la antorcha que ha servido de señal para encender los fuegos artificiales, ha perdido su última moneda de veinte francos. Debeis usar de vuestra influencia, hermosa dama, para curarle de esa detestable pasion.

—Hace tres años, respondió Marta, que al juego que jugaba Penhoel no se podía perder un luis de oro en toda la noche.

—¡Ah! ¡ah! dijo Roberto; las cosas han cambiado mucho desde esa fecha. Nada es mas fácil al juego que juega ahora Penhoel que perder en un momento un buen canastillo de monedas ó una granja de gran precio.

—¡Qué tone! murmuró Pontalés; en ese Roberto hay tan pronto algo de aldeano como de caballero.

—¿Pero cómo diablos consiente la Señora en pasearse con él en este lugar y á tales horas? replicó Mr. Le-Hivain.

Marta había respondido algunas palabras con voz débil y quebrada.

Roberto replicó:

—No me acuseis, hermosa señora. Veinte veces le he dicho que tenía los dos vicios peores del universo; puédese tener pasion por el juego y la bebi

da; pero si él juega como un tahir y bebe como un carretero!

Hablando así dirigia sus miradas Roberto á derecha é izquierda; buscaba algun oyente visible.

—No quiero ocultaros, hermosa dama, prosiguló, que os he traído aquí para hablaros de algunos negocios de interés; pero antes permitidme que os pregunte si la indisposicion de esa encantadora Blanca no ha tenido mas consecuencias.

Roberto pudo sentir estremecerse el brazo de Marta sobre el suyo.

—¿Qué tenia? preguntó de nuevo.

Marta cesó de andar; vacilaban sus piernas.

—¿Qué tenia? pronunció con voz penosa y sorda; ¿no lo sabeis?

Roberto dudó un instante; luego respondió con tono resuelto, pero tal vez á la ventura:

—Tal vez no lo ignore.

Marta separó bruscamente su brazo, que antes se apoyaba en el de Roberto.

—¡Ah! dijo con tan extraño tono, que Mr. de Blois se inclinó para examinar su rostro.

Pero la noche era muy negra para que le fuese posible distinguir nada en su fisonomía.

Marta no decia nada; permanecia inmóvil con los brazos caídos y la cabeza inclinada.

Oíase su respiracion corta y anhelosa.

Roberto comprendia vagamente que habia allí un misterio. Tenia deseos de interrogar; pero para una confidencia de tal naturaleza podian estar

demasiado abiertos los oídos que él suponía entre el follaje.

—Querida señora, exclamó, supongo por vuestra fisonomía que estais muy enfadada.... No creo que haya una razon justificada.... Uno de estos dias quiero tener con vos una entrevista acerca de vuestra hija Blanca.

—¡A hora mismo! interrumpió Marta con impetu: en nombre del cielo, caballero....

—Hermosa señora, siento en el alma verme precisado á no complaceros.... No creo esta la ocasion mas oportuna.... y si lo permitis voy á hablaros del motivo de nuestra entrevista.

—¡Ah! murmuró Macrocéfalo: ¿será preciso dar crédito á lo que dicen las Babouin y la Kerbichel? ¿Existió á alguna cosa formal entre la señora de Penhoel! y Mr. Roberto de Blois?

—Vosotros, que teneis unos oídos mejores que los míos, Mr. Le Hivain, ¿ois lo que dicen?

—Oiged á Roberto, y Dios me confunda si no hablan de todo excepto de la venta del castillo.

Como si hubiera podido escuchar esta reprension, abordó á justo tiempo el joven Mr. de Blois en aquel momento el capítulo de la venta, probablemente sería la respuesta de Marta una negativa, cuando él replicó sin abandonar su acento de alegre galantería y un poco burlesco:

—Hermosa señora, no me esperaba por cierto esa contestacion; habia contado con vos; desde hace

tres años que me debéis toda clase de gratitud, no os he pedido el menor favor.

—¿No es bastante haberme cerrado la boca cuando veía un abismo delante de los pasos que da'ja mi marido?

—Eso no es mas que silencio... un buen oficio puramente negativo. Para todo lo que exigía cualquier esfuerzo me he dirigido siempre á esa pobre Lola. ¡Vamos! La primera vez que pongo á prueba vuestro agradecimiento me contestais con una negativa.

Pontalés y Le-Hivain oyeron aquel déb il murmullo que anunciaba la respuesta de Marta.

Era sin duda otra negativa, porque Roberto dejó escapar una exclamacion de impaciencia.

Tomó de nuevo el brazo de la Señora, y si a pronunciar palabra emprendió el camino que conducía al castillo.

Con aquel movimiento se alejaron los dos del marqués y del abogado, que no podían observar si hablaban ó no.

—Vamos, la conversacion tendrá buen desenlace, dijo Macrocéfalo. Habrá sabido hacer caer á la dama en algun diabólico lazo.

—Sí, sí, dijo en voz alta Pontalés; es un hombre hábil á la manera que lo son los intrigantes de teatro. Tiene una docena de muchachos que hace agitarse con el mismo arte; es un fan/arron de astucia, un charlatan.

Los hombres de buen juicio como vos y yo, mon-

sieur Le-Hivain, dejan caminar los sucesos, esperan la ocasion y se comen los peones cuando es preciso, como hacen los jugadores de damas.

—Hermosa señora, decia Roberto, volviendo segunda vez hácia donde se encontraban el abogado y el marqués, es un proyecto acordado y será inútil cuanto hagais para entorpecerlo. Es preciso que esta noche quede hecho.

La voz de Marta era suplicante.

—Es el único recurso de mi pobre hija, murmuraba: caballero, caballero, tened piedad de nosotros.

—Bien quisiera, pero es imposible. Por última vez, ¿consentís?

—Ya sabéis que no puedo.

Roberto se detuvo; tocaba casi el árbol que ocultaba á Pontalés y al abogado.

Estos le vieron esconder la mano en el bolsillo y sacar un objeto de cortas dimensiones, cuya naturaleza les impidió ver la oscuridad de la noche.

Era una cartera.

Roberto la acercó á los ojos de Marta, que se cubrió el rostro con las manos.

—Muy sensible es tener que llegar á estos extremos, señora, prosiguió Roberto bajando la voz; pero me poneis en el caso de tener que hacer uso de ellos. Por lo tanto, ya sabéis que puedo hacer os mucho daño.

Y golpeó el tafilete de la cartera.

Marta permanecía impasible.

—Vamos, prosiguió Roberto, no me obligueis á dar un golpe terrible. Ya sabéis que durante estos tres años he sido escesivamente discreto; no seais cruel conmigo. Si continuais negándoos, á pesar de mi repugnancia, que es muy grande, me decidiré á hacer uso de esta arma. Si como lo espero, consentís, podeis contar tanto como en lo pasado, con mi discrecion á toda prueba.

Marta dudó todavía un instante. La noche ocultaba la mortal angustia que se retrataba en su rostro.

—No puedo resistir, caballero, dijo al fin con voz apenas inteligible; haré cuanto ordeneis.

—¡En buen hora! exclamó alegremente Roberto, que depositó la cartera en su bolsillo; con mujeres de tanto talento como vos, siempre se concluye por una absoluta conformidad.

Luego añadió:

—¡Holal ¿no hay nadie aquí?

Mr. Le-Hivain salió del escondite.

A su vista retrocedió asustada Marta.

—Tengo el honor de presentaros mis humildes respetos, señora, dijo Macrocéfalo con su tono mas amable y cariñoso; nada he oido, y aun cuando así hubiera sido, añadió inclinándose al oido de Marta humillada y trémula, ya sabéis que teneis en mí un servidor fiel que se dejaria hacer cuartos por vos.

—Mr. Le-Hivain, dijo Roberto, vais á tener la bondad de acompañar á la señora al castillo; entrareis con ella en la habitacion de su marido, que

á instancias suyas os entregará un poder escrito para vender el castillo y sus dependencias.

Besó la mano de Marta de una manera muy galante, y añadió:

—Despachad cuanto antes os sea posible, Mr. Le-Hivain; os espero.

